

«Concluida aquella conferencia, pálido y vacilante se arrojó por la postrera vez en su lecho para no levantarse jamás de él, lecho que cinco horas después, no era ya el lugar de descanso del Presidente, sino el lecho mortuario del hombre grande, del patricio que desaparecía de entre nosotros, pronunciando sus últimas palabras en bien de la República, del varón esforzado y justo que nos dejó un ejemplo muy difícil de imitar.»

Así pasó Benito Juárez, el Benemérito de las Américas, de la vida transitoria á la inmortalidad eviterna.

La noticia de su muerte abrumó al país, como la de un cataclismo inesperado, terrible, sin igual.

Los mismos porfiristas inclinamos la frente hacia el suelo, no avergonzados, pero sí llenos de dolor, como el hijo que por propia voluntad se ha alejado del padre, y por eso no recibió su bendición postrera junto al lecho de muerte.

Y sentimos ascender en nuestro espíritu la marea zizigia del orgullo patriótico, al ver que Juárez había muerto, pero invencible, y que el astro de su gloria había quedado por los siglos de los siglos fijo en un cenit, y que no tuvo ni tendrá ocaso.

CAPITULO XVII

Juárez íntimo.—El elemento femenino en la vida de Juárez.—Juárez como padre de familia.—Juárez como amigo.—Las creencias religiosas de Juárez.—Su falta de ambición.

He estudiado al hombre público; me falta considerar al hombre íntimo. Yo bien sé que la vida privada es inviolable, que no se tiene el derecho de franquear los umbrales del hogar para escudriñarla, y me parece un tanto especiosa la sentencia que dice que los hombres públicos no tienen vida privada.

Sin embargo, cuando el hombre público ha desaparecido del catálogo de los vivientes; cuando la Historia lo llama ante su tribunal para aquilatar sus méritos y para calificar sus faltas, debe ser examinado bajo todos sus aspectos, todas sus condiciones, sin respeto á teorías, preocupaciones ni conveniencias de ninguna especie.

Por fortuna para los que admiramos y veneramos á Juárez, éste se presenta tan inmaculado y grande en la vida privada como grande é inmaculado le hemos visto en la pública; que ese era un carácter de una pieza, sin soluciones de continuidad.

El 31 de Julio de 1843 contrajo matrimonio con la señorita Margarita Maza, hija de aquel Don Antonio Maza, en cuya casa sirvió Josefa Juárez, la hermana del que debía llegar á ser el Benemérito de las Américas.

Doña Margarita fué una mujer de hermoso aspecto, inteligente y noble. En su rostro había un resplandor de bondad, que atraía; en su trato se notaba la misma sencillez y modestia que en el de su marido. Hablaba con reposo, no levantaba jamás la voz, su conversación era discreta, amena, variada,

sin caer jamás en la garrulería. Escuchaba con bondad, contestaba con precisión. Eminentemente caritativa, pero sin ostentación, hacía el bien tan á ocultas, que muchas veces los favorecidos ignoraron á quién debían la protección y ayuda. Jamás tomó participación en la cosa pública, aunque siempre su espíritu estuvo pendiente de los acontecimientos, y compartió las amarguras que el destino derramó con tanta profusión en el alma de su compañero.

Doña Margarita amó á Juárez con ternura y con admiración. Nunca influyó en las determinaciones del gran hombre de Estado, pero lo ayudó eficazmente á hacer su camino, á llevar á cabo sus proyectos, librándolo por completo de las preocupaciones gravísimas del hogar. En la prosperidad se mostró siempre serena y modesta; en las más terribles adversidades se ostentó siempre abnegada y activa.

Así fué que cuando Juárez, desterrado por Santa-Anna, dejó á su familia en situación muy crítica, su esposa, en vez de entregarse á la desesperación, se dedicó al trabajo para mantenerse, para mantener á sus seis hijos que estaban en la primera infancia, y para enviar recursos á su marido á fin de que fuese menos amargo y menos duro el pan del ostracismo; estableciendo en Etna una tiendita, en la que ella misma despachaba.

Aquella matrona observó la religión del deber con la misma abnegación que la practicó Juárez. Era en realidad el complemento femenino del gran hombre.

Juárez no tuvo más amor en su vida que Doña Margarita, amor nacido en la primera juventud, arraigado, magnificado durante largos años, hasta convertirse en culto, que para él nada era frívolo, ni transitorio.

Cuando Juárez entró en Veracruz, después del golpe de Estado, Doña Margarita fué á reunirse con él, tomando el camino de la Sierra de Cuasimulco, sin que le arredrase lo terrible de aquellos caminos, llevando á sus hijos, y sabiendo que el bandido reaccionario José María Cobos venía persiguiéndola, quizás para plagiarla y ponerla á rescate, como acostumbraba hacerlo. Con ella iba su hermano Don José V. Maza, quien supo burlar las intenciones de Cobos.

Cuando Juárez comenzó su larga peregrinación en la época

de los franceses, Doña Margarita, con todos sus hijos, lo acompañó hasta Monterrey, donde el 15 de Agosto de 1864 la necesidad los obligó á separarse. Era preciso que la familia quedase á cubierto de las contingencias de la guerra, y que no continuase en la vida azarosa y trashumante que estaba Juárez obligado á seguir. Doña Margarita se dirigió á los Estados Unidos, fijó su residencia en Nueva York, acompañada de sus hijos y de su yerno Don Pedro Santacilia.

Fruto del matrimonio de Juárez fueron once hijos: Manuela, Margarita, Felicitas, Guadalupe, Soledad, Amada, Benito, María de Jesús y Josefa (gemelas), José, Francisca (que nació en Veracruz y su acta de nacimiento fué la primera que se inscribió en el Registro Civil, á raíz de expedida la ley relativa), y Antonio, que nació en Monterrey, en Junio de 1864. De estos hijos murieron en temprana edad, Amada, Guadalupe y Francisca, José y Antonio, estos dos últimos en Nueva York, durante la época más amarga y peligrosa de la vida de Juárez.

Las tremendas desgracias de familia hicieron honda herida en el corazón del amantísimo padre, sin abatir el ánimo del patriota. Juárez encontró en el fondo de su alma frases de tal naturaleza, que sirvieron de bálsamo para el alma de su noble esposa, y las cartas íntimas que se cruzaron en esos días de horribles pruebas, son un modelo de sentimientos levantados, y dan la medida de aquellos dos caracteres.

Pocos saben todo lo que sufrió en el silencio y la resignación aquella matrona ilustre, recibiendo de continuo los golpes mortales que le asestaba la prensa al publicar las noticias de nuestros desastres, y al asegurar repetidas veces la captura de Juárez; y digo que pocos lo saben, porque Doña Margarita no tuvo más que una avaricia, la única noble: la del dolor, que sólo quería para ella y que ocultaba hasta á los mismos suyos.

Necesario fué, en 1866, que pasase á Washington, durante una corta temporada. Allí fué objeto de consideraciones tan altas de respeto y de cariño, como rara vez se habían manifestado en esa Capital. El Presidente Johnson dió su primera recepción solemne en honor de la distinguida matrona, el 26 de Marzo, y tanto el alto funcionario como su familia hicieron

alarde de gran aprecio hacia la ilustre huésped. El gran Seward, Ministro de Estado, obsequió á Doña Margarita con un magnífico banquete, el 3 de Abril, y sentáronse á la mesa, á más de la familia de Mr. Seward, las dos hijas del Presidente Johnson, el Ministro de Rusia y otros personajes.

El general Grant obsequió á Doña Margarita con un gran baile el 6 de Abril, y con sorpresa se vió que concurrieron á la fiesta el Ministro francés, Mr. de Montholon, y su esposa. El Presidente Johnson también concurreó, contra su costumbre.

Como una prueba de alta consideración hacia la esposa de Juárez, se ordenó por la Secretaría de Hacienda á todas las aduanas americanas, que cuantos bultos llegaran dirigidos á dicha señora, entrasen libres de derecho y sin ser registrados, con lo que le dieron consideraciones de miembro del Cuerpo Diplomático.

Por último, cuando después de la caída de Querétaro, la familia Juárez quiso regresar al país por la vía de Veracruz, el Presidente Johnson hizo que se pusiese á disposición de Doña Margarita el vapor de guerra *Wildernes*, en el puerto de Nueva Orleans, que fué el escogido por ella para embarcarse, donde fué tratada con toda clase de atenciones, lo mismo que las personas que la acompañaban.

Por donde quiera que pasó en los Estados Unidos, recibió muestras de estimación, y en todas partes elogiaron su porte y sus maneras y sus relevantes virtudes.

Cuando desembarcó en Veracruz, el pueblo en masa le salió al encuentro. Allí estaba preparado un coche para conducirla á su alojamiento; el pueblo desenganchó los caballos, tiró del carruaje y la paseó procesionalmente en medio de un entusiasmo delirante.

Si Juárez fué un modelo de esposo, también fué un padre ejemplar, y á pesar de su amor profundo á la familia, y de haber hecho de su hogar un templo, el 21 de Marzo de 1865, contestando al brindis que dedicó á su familia el Sr. Don Francisco Urquidi, en Chihuahua, dijo, haciendo grandes esfuerzos para dominar su emoción: «Yo aquí veo la Patria, y ante ella protesto que mi sacrificio es nada, que el sacrificio de mi familia sería mucho, infinito para mí; pero que si es necesario, sea! . . . »

Y concluyó diciendo: «Dos cosas colmarán mis deseos: la primera, el espectáculo de vuestra felicidad (la de los mexicanos), y la segunda, merecer de vosotros, *para legarlo á mis hijos*, el título de buen ciudadano.»

La influencia de Doña Margarita en la vida de Juárez fué efectiva y saludable. Desde luego ella lo libró de las preocupaciones domésticas, y el hombre de Estado pudo descansar en su esposa en todo lo que se relacionó con la educación y la instrucción de sus hijos. Ella fué la Samaritana constante, fiel, inteligente y tierna, que siempre tuvo una palabra de consuelo para todos los dolores, una gota de miel para todas las amarguras, una frase de esperanza para todas las decepciones, el bálsamo para todas las heridas.

Y la suerte, que elevó á Juárez á todas las excelsitudes, le hizo sufrir también todos los inmensos dolores de la vida. Le arrancó la muerte cinco de sus hijos adorados, como queda dicho, en las circunstancias más desesperantes; y el 2 de Enero de 1871 arrancó de su lado á su ejemplar esposa. ¿Fué una nueva crueldad del destino? . . . Parece que ella, en su inmensa piedad y en su amor conyugal sin límites, quiso pasar primero, como para enseñar á Juárez el camino que en breve había de seguir; como para prepararle el nuevo hogar en que al año siguiente se reunirían otra vez, ya para no separarse jamás. . . .

Ambos duermen en el mismo lecho de piedra del mausoleo levantado por la gratitud de la Patria. Mañana, cuando se concluya el suntuoso Panteón de los Hombres Ilustres, y se inaugure depositando en él las cenizas de Juárez, irán también las de su noble esposa, por digna de que se le tribute semejante homenaje, y porque los hombres no tienen el derecho de separar á aquellos que Dios unió en la vida transitoria y que la muerte reunió en la vida eterna. Así esta decretado.

Los principios que Juárez proclamaba en público, los practicaba hasta en la vida íntima.

Cuéntase que en un baile que le dieron en Oaxaca, siendo él Gobernador del Estado, y al que concurreó con su familia, un joven estudiante, humilde, invitó á la Srita. Manuela, primogénita de Juárez, á que bailara con él. La joven se excusó protestando que esa noche no bailaría, cosa que advirtió Don

Benito. Poco después la joven se levantó á bailar con otro caballero; pero su padre le salió al encuentro, le recordó lo dicho al estudiante, y significó á su hija que mientras no bailase con aquél á quien injustamente había desdeñado, no le permitiría hacerlo con otra persona. Accedió la Srita. Manuela, fué Don Benito en busca del estudiante y en nombre de su hija le suplicó bailase con ella.

La señorita Felicitas contrajo matrimonio con Don Delfín Sánchez. Un día se presentó en casa del Sr. Sánchez un Juez de lo Civil, acompañado con el personal del Juzgado para ejecutar una providencia. El Sr. Sánchez se molestó, se hizo de razones con el Juez, lo injurió de palabra, primero, y, al fin, de obra. El funcionario judicial se retiró, y dictó en seguida orden de aprehensión contra el Sr. Sánchez. Queriendo cumplir con un deber de cortesía, fué á ver á Juárez y le dió parte de la falta cometida por su yerno.

—¿Qué providencias ha tomado Ud.? le preguntó Don Benito con su calma habitual, mirándole fijamente.

—He mandado aprehender al Sr. Don Delfín Sánchez, y espero que á estas horas se haya cumplido la orden.

—Está bien, repuso Don Benito. Veo con gusto que es Ud. digno del alto puesto que ocupa.

Momentos después se presentó desolada la esposa del señor Sánchez, rogando á su padre que interpusiese su alta influencia para que se devolviese inmediatamente la libertad al detenido. Juárez oyó tranquilamente á su hija, y cuando concluyó de hablar, le contestó:

—Imposible es complacerte, la ley me lo prohíbe. Tu marido ha cometido una falta y preciso es que sufra el castigo consiguiente. Yo y todos los míos somos los que estamos más obligados á dar ejemplo de respeto á la ley, y los que debemos ser más severamente castigados por el desacato á esa misma ley.

Y el Sr. Sánchez fué sometido á juicio, el que se siguió por todos sus trámites hasta ser visto y fallado en jurado.

En cierta ocasión volvía de un baile, en las altas horas de la noche, la familia de Juárez. El cochero se había olvidado de encender los faroles del carruaje, y un gendarme lo detuvo para imponerle la multa correspondiente por esa falta de

policía. Enterado el Presidente al otro día de lo ocurrido, mandó pagar la multa, y ordenó que se amonestara al gendarme por no haberla hecho efectiva desde luego, como era de su deber.

Como estos rasgos hay otros muchos de que dieron cuenta los periódicos de la época, y otros que no alcanzaron publicidad, que demuestran la inflexible rectitud de aquel hombre sin igual.

Juárez fué un excelente amigo; pero los deberes de la amistad concluían donde empezaba el imperio de la ley. Se le atribuye este precepto: «A los enemigos, justicia; á los amigos, justicia y gracia cuando quepa esta última.» Esta cualidad hizo que, si tuvo enemigos irreconciliables, tuviese también amigos fanáticos, y tan cierto es esto, que muchos años después de su fallecimiento, todavía se conservaba en pie, unido y compacto, un partido juarista, que la muerte, más que las otras circunstancias, fué destruyendo lentamente.

La deslealtad era, en su opinión, el peor defecto que podía tener un hombre. En cambio jamás motejó á aquellos de sus amigos y partidarios que se separaron de él francamente, obedeciendo á compromisos políticos ó á dictados de su propia conciencia, siempre que no fuese para traicionar á la Patria.

El Sr. General Don Manuel González, que sirvió en el bando reaccionario, durante la guerra de tres años, se acogió á la amnistía cuando llegaron las fuerzas intervencionistas, conduciéndose con la lealtad, el valor y la inteligencia que amigos y enemigos siempre reconocieron en él. Al lado del General Díaz prestó muy señalados servicios, y fué uno de los jefes más distinguidos del victorioso caudillo. González fué muy apreciado por Juárez, quien tuvo en él tanta confianza, que lo nombró Gobernador de Palacio.

Cuando llegó la época de la última reelección de Juárez, González fué electo diputado por el partido porfirista. Hay que advertir que era partidario fanático del General Díaz, como todos los que habían servido á sus órdenes. Entonces González renunció el cargo de Gobernador de Palacio, so pretexto de ir á ocupar la curul. Juárez no quiso admitir la renuncia, diciéndole que desempeñase su cargo de diputado, sin